

SERMON PANEGIRICO
QUE EN ANIVERSARIO
DE LA GLORIOSA APARICION
DE SANTA MARIA DE GUADALUPE

PRONUNCIÓ EN SU INSIGNE COLEGIATA
EL DIA 12 DE DICIEMBRE DE 1852

EL

PBRO. FRANCISCO JAVIER MIRANDA

*Et apertum est templum Dei in celo,
et visa est arca testamenti ejus in tem-
plo ejus.*

Y se abrió el templo de Dios en los
cielos, y en medio de él vióse el arca
de su testamento.

Apoc., cap. XI, v. 19.

EXMO. SEÑOR:

En los primeros siglos de la Iglesia, cuando el nombre cristiano era reputado como un crimen digno de muerte, se refiere que á unos fieles, ocultos en las catacumbas de Roma, solia presentárseles silenciosamente un sacerdote enseñándoles el signo de la Cruz. A la sola vista de la cruz, los cristianos perseguidos se deshacian en lágrimas. Esto era porque sus corazones rebosaban en los sentimien-

tos de la fe y estaban abrasados en los incendios de la caridad. Este suceso, que no ha dejado de repetirse en posteriores tiempos, me demuestra la virtud de la gracia para obrar sobre los corazones, cuando se trata de aquellos prodigios superiores á la razon humana.

Honrado con la comision de pronunciar este dia el panegirico de Santa Maria de Guadalupe, en aniversario de la portentosa aparicion, atendida mi corta capacidad y lo grandioso del asunto, no deberia hacer otra cosa más que señalaros ese *ayate* y repetiros mil veces: *Ved ahí á vuestra Madre*. Estas solas palabras serán más elocuentes que todos los discursos de los hombres, porque la gracia celestial que encierran, despertaria en vosotros tan nobles y generosos sentimientos cuantos la sola vista del símbolo de la redencion excitaba en los primitivos cristianos.

Ved ahí á vuestra Madre. Este es el único y sencillo elogio que la miseria de un hombre puede ofrecer á un pueblo cristiano, refiriéndose á un prodigio que, para encomiarle dignamente, fuera necesario ascender al trono del Altísimo, descorrer el velo de su increada sabiduria, profundizar sus inescrutables arcanos, y luego volver á este mundo á revelárselos á los hombres en el idioma de los ángeles. Imposible es esto, y sin embargo, yo he de hablaros de un acontecimiento divino, ideado en la eternidad de Dios, y cuyos efectos son inefables y profundos; he de discurrir acerca de un portento, que aunque obrado delante de los ojos de los hombres, le veo revestido con toda la magnificencia de los cielos.

¿Qué podré decir del milagro que hace trescientos veintitun años se obraba en este mismo sitio? ¿Referiré minuciosamente su historia? Vosotros la habeis oído desde que aun dormiais en los regazos de vuestras madres. ¿Os presentaré una série de pruebas filosóficas y de razones teológicas que demuestren la autenticidad del prodigio? En verdad que no me parece conducente este asunto cuando se habla á un pueblo fiel que, al presentarse hoy

en este lugar santo, testifica su creencia, su amor y devoción á Guadalupe. No deberé, pues, probar una verdad, sino adelantar los sentimientos piadosos que nacen de la confesion de esa misma verdad. A este fin, bien conozco que no podré presentaros ningun pensamiento nuevo, despues que oradores eminentes han pronunciado los elogios de Guadalupe; mas convencido de que la piedad cristiana no se nutre de novedades, no temo proponer á vuestra atencion una idea que, por sencilla que parezca, acaso la encontraréis acompañada de aquellos encantos, siempre antiguos y siempre nuevos, que siguen á las grandezas de la religion de Jesucristo.

Al veros rodeando este tabernáculo donde veneramos á Guadalupe, mi fe advierte que Dios abrió el templo de su gloria á una nueva generacion; y Maria, apareciendo entre nosotros es el arca del eterno testamento que reconcilia al pueblo mexicano con los cielos. *Et apertum est templum Dei in caelo et viva est arca testamenti ejus in medio templi ejus.*

La gracia del Espiritu Santo illustre vuestros espíritus, mientras que yo, para desarrollar el asunto que he propuesto, pongo á tus sagradas plantas, ¡oh dulce Madre! mi corazón y mis lábios.—AVE MARIA.

La historia del mundo debe forzosamente dividirse en dos grandes épocas: la una comienza en el principio de los tiempos y termina con la cruz de Jesucristo; y la otra data desde este suceso, llega hasta nuestros días y durará hasta la consumacion de los siglos. Estas dos épocas distan tanto entre sí como la desgracia y la felicidad, como las tinieblas y la luz ó como la vida y la muerte. Pudiéramos llamar á la primera, la época del reinado del

hombre, y á la segunda la del reinado de Dios, porque tanto son desemejantes la una de la otra.

No es fácil trazar en un corto cuadro los caracteres que distinguen esos dos grandes tiempos, porque no es posible presentar bajo un sólo punto de vista la historia de la humanidad: basta, sin embargo, á mi propósito, llevar vuestra respetable atencion hácia el tiempo que he llamado del reinado del hombre, para que, recordando la tristísima condicion y las fatales consecuencias á que estaba sujeta la humanidad, reluzcan más los beneficios que despues recibiera.

¿Qué fué el mundo desde el instante en que rebelado el hombre contra su Creador, perdió las primitivas gracias? Un lugar de Maldicion. Las generaciones humanas, sentadas en las regiones de las tinieblas, se precipitaban en los abismos de la muerte: sin creencias y sin esperanzas, el desgraciado que nacia en este suelo, entregado á los deseos de su corazón, no descubria la vida de la inmortalidad, cuyo albor aparece más allá del horizonte de los sentidos: el corazón humano, nacido para amar, no encontrando un objeto que le satisficiera, se amaba á sí mismo, y amaba desordenadamente á las criaturas: oculta la Divinidad, se levantaban en todas direcciones altares, se divinizaban los crímenes más vergonzosos y se les ofrecian abominables incienso: la ceguera y miseria llegaron á tal grado, que la sangre humana era una oblation ante los ídolos de piedra y de palo. Era preciso que creciendo el hombre y los crímenes, y multiplicando sus nefandos holocaustos, sintiera más y más el peso de sus desgracias, hasta que la sociedad hubiera desaparecido sepultada bajo de sus propias ruinas. Mas aparece Jesucristo, y la sociedad respira y se reanima por el espíritu de regeneracion que se la imprime. Todo cambia desde entónces: caen los ídolos, porque las pasiones que los alzarán fueron vencidas: reina el espíritu sobre la carne, porque la gracia que desciende de los cielos tiene sobrada fuerza para romper las afecciones más profundas y

arraigadas de la naturaleza corrompida: las voluntades, haciéndose superiores á deseos de este mundo, anhelan otros bienes que los que desaparecen de nuestra vista entre el polvo de los sepulcros; y en suma, se abrió el templo de Dios en los cielos, y se descubrió el arca de su testamento.

Sin embargo, la regeneracion del hombre no fué obra de un instante, la precedieron primero las profecias, y la han ido confirmando los milagros. Verdad es que al *Consummatum est* de Jesucristo, se abrieron las puertas eternas de la gloria y se sancionó la felicidad del mundo; mas tambien lo es que al templo de la inmortalidad no entraron simultáneamente todas las generaciones, porque no han recibido á un tiempo mismo la paz de Dios. Los misterios de la cruz se han difundido con el curso pausado de los tiempos por todo el universo; y aun despues de diez y ocho siglos no podemos ver el complemento de ese gran misterio, que, segun San Pablo, estuvo escondido en la eternidad de Dios; de ese misterio que se descubrió á San Juan en la isla de Pathmos, cuando vió al Cordero rodeado de una multitud innumerable de todas las naciones, tribus y lenguas: sí, no ha llegado el tiempo de ver en la ciudad de Dios á todas las generaciones formando un solo pueblo iluminado por la eterna lámpara.

No investiguemos la causa por qué unas naciones hayan sido llamadas primero que las otras á la vida de la gracia: tampoco preguntemos por qué México hasta el siglo XV estuvo como proscrito del reino de los cielos. Quede este secreto reservado para la eternidad. Lo que á nosotros toca es admirar las obras que Dios hizo para traernos á su templo, y entre esas obras la más admirable es, sin duda, la aparicion de Guadalupe, bajada de los cielos como el arca de la alianza entre Dios y los mexicanos. *Et arca testamenti ejus visa est in templo ejus.* Trasladémonos á los tiempos que el Altísimo determinara llamarnos á la fe.

Encadenados por la Providencia los sucesos del mun-

do visible con los del invisible, llegó una época en la que los hombres, ávidos de gloria, acometian las más árdnas empresas. Aparece un hombre, que, venciendo preocupaciones y haciéndose superior á todo género de dificultades, se lanza con intrépido corazon entre las olas del Océano buscando playas desconocidas. El descubrimiento de un mundo nuevo es la inmarcesible corona de Cristóbal Colon; de ese mundo que despues fué teatro de las pasmosas proezas de los conquistadores españoles.

El filósofo puramente humano, celebre en buena hora la empresa de Colon y las hazañas de los guerreros, mientras el fiel católico, remontándose á superior altura, no ve en uno y en otros sino á los débiles instrumentos de que la sabiduría eterna se sirve para conducir al género humano á otras glorias y á otros destinos, más sublimes que los que se adquieren y se pierden entre las lágrimas y la sangre.

De esta suerte la razon católica cuando se fija en la obra de la regeneracion de los mexicanos, no considera la ciencia del hombre ni el valor de los guerreros; no calcula sobre el poder de las armas ni la destreza de los capitanes: sólo mira y adora á la invisible mano del Omnipotente, que se sirve de Ciro ó de Nabucodonosor, que permite el imperio de los romanos, ó el desborde de los bárbaros sobre los pueblos cultos, y que se vale igualmente de los triunfos de unas naciones y de las conquistas de las otras, y hasta de las aberraciones de los principes y de los pueblos, para llevar al mundo á los fines inmortales. La razon católica sólo mira la virtud de la cruz, que abre las puertas de la gloria á millones de idólatras que salen del caos á la luz, y que se rinden á la suavidad de la ley evangélica por los mismos medios, los mismos prodigios y la misma operacion de la gracia que obró la conversion de las gentes de Galilea, de Jerusalem y de Samaria; sólo mira, dirélo de una vez, ese *ayate*, y en él venera el arca de reconciliacion del mundo nuevo. Sí; ¡cuánto no dice esa imagen! Ella encierra todos

los tesoros de la religion, porque es la figura de la mujer prometida desde el principio del mundo, de la primogénita salida de la boca del Altísimo antes que toda criatura, cuyas grandezas describieron los profetas, y en quien estuvieron vinculadas las esperanzas de las generaciones.

Desde que Dios en el Paraiso reveló el triunfo de su gloria, habló de una mujer que pondría su calcañar sobre la cabeza de la serpiente; y hé aquí á esa mujer interviniendo en cierto modo desde entónces en los destinos de la humanidad. En la historia del pueblo hebreo aparecen de tiempo en tiempo mujeres asombrosas, que eran los oscuros tipos de la que Isaias, Jeremías y demás profetas describieron sus misterios. Y si en los sucesos más notables del Antiguo Testamento vemos á una prudente y discreta Abigail salvando al culpable Nabal, á Dévora y á Judit, libertando al pueblo judío, á la hermosa y humilde Esther, á Raquel, Sara y á otras tantas esforzadas mujeres, atrayendo sobre la nacion de Dios las bendiciones y las gracias, ¿puede darse creencia más conforme á los principios de la fe católica, cuando se trata de la felicidad de los pueblos, que suponer á Maria como el arca de reconciliacion, así como fué primero el objeto de los descos de los hombres, y luego fué el arca viva donde estuvo encerrado Jesucristo?

Esta consideracion, sin embargo, teniendo el carácter de la generalidad, debe formar un principio de amor y reconocimiento comun á todos los cristianos. Nosotros, pues, debemos entrar á otro género de reflexiones particulares, como particular ha sido el amor de Maria á los mexicanos, comparables sólo al amor tierno y predilecto que tuvo Jesucristo al apóstol San Juan sobre los demás apóstoles.

Fijémosnos un momento, considerando el milagro de Guadalupe, y nos veremos obligados á reconocer que los sentimientos del amor, que no se pueden expresar por las palabras, están en él revelados por medio de las obras,

bien se atiende á las circunstancias particulares del milagro, bien á los beneficios que nos trajo.

Considerando esas circunstancias, ¿quién no exclama: No hizo cosa igual con las demás naciones? Meditados sus frutos, ¿quién dejará de publicar con el Eclesiástico, que con Guadalupe nos han venido todos los demás bienes? *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.*

En cuanto á lo primero, veremos que la madre de Dios habla por sí misma á un indio; que le llama hijo tierno y delicado; que le pide la ereccion de un templo donde se manifieste como madre; que la misma soberana Señora vence las dificultades que se presentan, dando unas rosas en señal de voluntad, y presentándose, por último, retratada en la *tilma* de Juan Diego. Todo en nuestro milagro es encantador y sublime: en todo se advierte el carácter sencillo de la religion que principió en la pobreza del establo de Belen y tuvo su término en las ignominias y dolores del Gólgota: en todo veremos la diestra del Omnipotente, que se sirve de los objetos viles y despreciables á la consideracion del hombre, para llevar al cabo los más grandiosos fines. Porque ¿quién pudiera señalar en Juan Diego, en su *tilma* y en las rosas, la mano del hombre que se sirve de ostentosos aparatos en todas sus obras? No; un milagro que aparece tan bajo á la soberbia humana y que cautivó los corazones de un pueblo ciego y encaprichado en los cultos idolátricos, no menos que los de otro pueblo culto, pero lleno de prevenciones contra los indios; ese milagro, debemos confesar que ha sido obrado por el amor y la omnipotencia de Dios.

La historia universal de la Iglesia refiere los favores que en todo tiempo han recibido los fieles de la Madre de Jesus. Vivian aun los apóstoles, y ya los cristianos de la Mesopotamia, de Egipto, del Asia menor y de España, levantaban santuarios en honor de Maria, obligados por los beneficios que de sus manos recibieran. Desde el primer templo erigido por San Pedro en las costas de la Fe-

nicia, no ha cesado la profusion de las gracias celestiales, testificadas con visibles prodigios. Las imágenes del Pilar de Zaragoza, de las Nieves, de la Fuente y otras innumerables, conocidas en toda la extension del universo, ¿qué son sino gloriosos monumentos del amor de Maria á los hombres? Empero, todos ellos, por singulares que sean, no se pueden comparar con el prodigio obrado en este lugar santo.

Tierno y sublime es el amor que con tanta valentia describe Salomon en el libro de los Cantares. Pintanse allí las efusiones de una amada, absorta con las gracias de su amado; se describen los deliquios amorosos que hacen á la esposa desfallecer entre flores; de esa esposa que, no encontrando al amado en su lecho, se levanta presurosa, y cual la corza y el cervato, salta por los montes y atraviesa los collados, recorre las calles y las plazas; y cuando ha encontrado al que deseaba, no le abandona hasta introducirle en la mansion paterna. ¿Queréis admirar las gracias de la esposa? Esbelta es su estatura como la de la palma; su color aparece estropeado por los rayos del sol, como el de Sulamitis; sus ojos son de paloma; de sus lábios encendidos como la granada, sale una voz de tórtola, más dulce que los hilos de miel que destilan los panales; es más hermosa que la luna, y más gallarda que la aurora cuando aparece tras de los montes. ¡Qué! ¿el espíritu profético de Salomon, adelantando el curso de los tiempos, llegaría al año de 1531, y vería el amor que Guadalupe tuvo á los mexicanos, y, extasiado el profeta, describiría el retrato de la esposa mistica y las efusiones de su ardiente corazon? ¿Y quién que recapacite los misterios del libro de los Cantares, y se detenga, por otra parte, en el milagro de Guadalupe, no advierte una exacta y sorprendente analogía? ¿No es Maria cual aquella esposa, que ha buscado al mexicano entre las quiebras de estos cerros, y se ha presentado como desfallecida entre flores?

Mas la analogia se hará más evidente si se reflexiona

en una circunstancia que no omitiré, aunque otra vez la haya hecho notar en este mismo sitio. Apareciéndose la Madre de Dios en una *tilma* que pendia de los hombros de un indio, ¿no advertís que así parece que la Reina del cielo escogió el corazon del mexicano como reclinatorio de su amor, de la misma manera que aquella esposa quedó dormida sobre el corazon de su amado? Hé aquí el más noble timbre de nuestra gloria.

Considerando ya los beneficios recibidos por Guadalupe, nos veremos obligados á confesar: que el templo de Dios se abrió para nosotros en los cielos cuando Maria apareció en México cual el arca de su testamento.

Para poderos presentar en un solo golpe de vista el cúmulo de esos beneficios, me bastaría llamar vuestra respetable atencion hácia lo que está pasando actualmente en toda la República. Yo veo, señores, este dia, que todas las clases de la sociedad, movidas por igual impulso, celebran de mil modos la aparicion de Maria de Guadalupe, y advierto que los sentimientos que nos animan á los que estamos aquí reunidos, son los mismos que estimulan á todos los mexicanos en la vasta extension que media desde las orillas del mar Pacifico, hasta los confines del Nuevo México, y desde las costas del seno mexicano hasta los límites por Guatemala. ¡Un mismo sacrificio, unos mismos cánticos, unas mismas emociones! ¿De dónde proviene tanto entusiasmo, constancia y uniformidad en celebrar un mismo suceso? Es, se me responderá, que la nacion entera siente y publica los beneficios que recibe de la Madre de Jesus. Y en efecto, prescindiendo de la manera violenta y prodigiosa del establecimiento del catolicismo en este suelo, no considerando tampoco las operaciones de la gracia, que pasan en el secreto de los corazones, y fijándonos sólo en los beneficios materiales y visibles, luego se advierte que este santuario, colocado en medio de la República, es una fuente perenne de todo bien. Porque, ¿cuáles son los bienes más apreciables de un pueblo? No hay duda en que lo son: la abundancia, la paz y

la seguridad. ¡La abundancia! y ¿no considerais á Dios en sus eternidades, cuando contaba las gotas de la lluvia y las arenas de los mares, preparar asimismo los inmensos tesoros que habian de enriquecer este suelo, mil veces más feliz que la tierra de promision, porque aquí debia nacer esa generacion nueva y escogida sobre la que la Madre de la sabiduría, según la palabra del Eclesiástico, habia de echar raíces? ¡La paz! ¿y cuál fuera para nosotros más estimable, que la que hiciera un sólo corazón de todos los corazones mexicanos? ¿Y no conoceis que á este grandioso fin nos conduce esta imagen, uniendo nuestros sentimientos? ¡La seguridad! No puede idearse otra más grande, que la de encontrarse bajo la proteccion de una intercesora que todo lo puede con Dios, y de una madre que nos ama con singular ternura.

Mas tal vez alguno, en vista de los grandes males que sufrimos, dirá: ¿de qué sirve esa abundancia que no disfrutamos, y dónde están la paz y la seguridad? A quien así discurrese yo le preguntaria: ¿A dónde están las virtudes cristianas que nos hicieran merecer los dones celestiales? Sin embargo, sobre los males que sufrimos, y sobre otras calamidades con las que nos quiera castigar la justicia del Señor, yo siempre reconoceré en ese *ayate* al único bien que nos ha quedado despues de tantas disensiones, tanta sangre vertida y tantas tormentas civiles, porque en él está el arca de la alianza. Si, católicos: en este augusto templo está el punto de reunion de todos los mexicanos, el único vínculo que une sus afectos: aquí el alma fatigada descansa, cual la tórtola acosada por el cazador duerme tranquila en el oculto nido de sus padres: aquí está la Madre tiernísima, que calma las zozobras del corazón, que convierte en dulzuras los remordimientos del pecador, que enjuga las lágrimas del huérfano, del oprimido y del menesteroso; que infunde fuerzas al que sufre, que inspira los sentimientos castos, y para decirlo todo, aquí está el sosten del principio religioso, el solo bien salvado despues de tantos naufragios, y el solo prin-

cipio de fuerza y unidad que nos hace aparecer como nacion, y por cuya accion aun podemos regenerarnos.

Mas para esto, necesario es que comprendamos bien los principios de la religion y observemos fielmente sus preceptos: que cerremos los oídos á las maximas de los falsos doctores, empeñados en romper el fundamento de la unidad católica, desparramando doctrinas contra la autoridad del supremo Pontífice, centro de las naciones cristianas y rector de la Iglesia de Jesucristo. Esto exige de nosotros la fe que profesamos, y lo exige tambien el amor que debemos á Maria.

Basta de castigos, tierna Madre: tú, cuyo carácter es la misericordia, apiádate de nuestras miserias: muéstrate hoy como el arca santa, de donde proceden las gracias y bendiciones; y recibe los solemnes cultos que te rinde la católica ciudad de México. ¡Sean los presentes homenajes el título con que nos presentemos en el eterno templo de la gloria!

SERMON
DE LA
SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE

PREDICADO EN LA INSIGNE Y NACIONAL COLEGIATA
EL DIA 8 DE SEPTIEMBRE DE 1860

POR EL

R. P. Fray Pablo Antonio del Niño Jesus

EN ACCION DE GRACIAS POR LA CESACION DEL COLERA MORBO

*Clamavit at me et ego exaudivim eum;
cum ipso sum in tribulatione et eripiam
eum.*

Me invocará mi pueblo, y yo le escucharé; estaré con él en su tribulación y le sacaré de ella.

Salmo 90, v. 15.

SEÑORES:

¿Qué cosa hay más amable que los dulces consuelos de la religion? ¿Qué apoyo más robusto que la fe? ¿Qué bálsamo más suave y eficaz para cerrar las heridas del corazón humano, que la esperanza cristiana? A la verdad, no se concibe ni es posible concebirse que sin religion pueda existir la sociedad: no se alcanza ni es fácil

alcanzarse cómo sin religion pudiera ser amable una vida rodeada de infortunios. Faltando el sostén de la fe, y quedando el hombre expuesto á la contradicción de doctrina que necesariamente conduce al escepticismo religioso, sólo presenta la triste imagen de una caña agitada por el viento y destruida al más ligero embate: y despojado de esperanza, sin alimentar su alma con la doctrina de un feliz porvenir, se deja, por decirlo así, oprimir con el peso tremendo de sus infortunios, hasta que, no pudiendo permanecer más tiempo en un estado tan extraño y ajeno de nuestro natural, hace un esfuerzo para sacudir la pesadumbre; pero es un esfuerzo funesto, desgraciado.... es el arranque de la desesperacion.

Pero colóquese la fe como un inmenso faro en medio de la sociedad, para que con su luz divina ilustre las inteligencias, y luego encontraremos fijeza en los principios, fijeza en la doctrina, fijeza en la unidad, que con sus dogmas santos y consoladores, forma un vasto y magnífico plan cuyo objeto es hacer nuestra felicidad. Colóquese cabe la cuna de los hombres la esperanza cristiana, para que como la madre solícita que vela en pié junto al lecho de su hijo, luego que despierten al uso pleno de la inteligencia, les meza en sus brazos, les suspenda de su abundante pecho, y les alimente con una leche que cure todos sus dolores; y pronto desaparece lo fastidioso de la vida, despues se hace amable, luego resalta su interés, y á lo último, de sus mismos infortunios nace la gratitud y el reconocimiento á la bondad divina, que nos otorga la vida como un inmenso beneficio, pero que al mismo tiempo con tino muy sábio y acertado, la siembra de espinas y dolores, ora para que siempre la consideremos como una peregrinacion y no coloquemos en ella nuestro fin, ora para que aceptando con humilde resignacion esos dolores, con ellos mismos formemos la gigante escala por donde subamos á la vida que nunca ha de acabar. ¡Tales son los efectos de la fe, de esa virtud divina que con su pujante poder no sólo trasladada de uno á

otro lugar las montañas (1), sino que tambien hace más... alivia las pesadas cargas del corazón humano! ¡Tales son los efectos de la santa esperanza, de esa nodriza de los desgraciados, que velando á la cabecera de la vida, recrea con canciones proféticas al alma más trabajada en la desgracia!

¿No lo hemos experimentado así en los tremendos dias que acaban de pasar? La fe divina, la esperanza cristiana ¿no nos han sostenido y consolado en los dias de prueba y tribulacion? Recordadlo, señores; ahora hace cuatro meses cuando la peste, como un espectro horrible, asomaba su cabeza fatídica á las puertas de México, y nos amenazaba diciendo con el bárbaro Atila: "Yo soy el azote de Dios (2);" cuando adelantándose los dias nos sorprendian por todas partes las funestas noticias de la muerte de nuestros deudos y amigos; cuando el ángel exterminador se enseñoreaba de nuestras casas y familias, esgrimia sobre nuestras cabezas su espada vengadora, y no seguia su lúgubre carrera sino despues de haber sacrificado una, dos ó más victimas; cuando el corazón ya se cansa de sentir, el alma de temer y la imaginacion de reproducir escenas crueles y desgarradoras, entónces la fe nos obliga á ocurrir al dueño de la vida y la muerte; la esperanza nos ofrece infinitos consuelos; la Religion nos inspira un arbitrio tan poderoso y eficaz, que, permítaseme decirlo, desbarata del todo las severas disposiciones de la justicia eterna. Ese arbitrio fué la invocacion de la Virgen Maria Madre de Dios, Madre de los pecadores, Madre de la fe, Madre de la santa esperanza. Sí, inundados de lágrimas los ojos *les volviamos á estas montañas de donde nos vienen los consuelos* (3), con tanta más confianza cuanto es la certeza que tenemos de que la Virgen divina, que aqui mora, á los títulos generales de *Madre de misericordia y vida, y dulzura y esperanza del hom-*

(1) *Evang. San Márc.*, cap. XI, v. 13.

(2) *Atila Hunn. Rex. chron. de origin. Gothor.*

(3) *Ps.* 120.

bre, reúne el muy especial de Madre de los mexicanos. Título justo sostenido por la tradicion, comprobado por la experiencia de tres siglos que ha hecho ver que la Madre de Dios, desde su trono del Tepeyac, oye benigna al pueblo que le invoca, le asiste en su tribulacion y le liberta de ella. *Clamabit ad me et ego exaudiam eum; cum ipso sum in tribulatione et eripiam eum.*

¿No felizmente se ha confirmado ahora esta verdad? ¿el éxito no ha correspondido á nuestra espectacion? ¿no lo cree así la piedad mexicana? Sí, señores: y por eso hoy que agradecida se ha reunido en este augusto templo para ofrecer un tributo de gracias á tan clemente Madre, habiéndome cabido en suerte el alto honor de ser intérprete de su gratitud, y pronunciar un discurso eucarístico, cumple á mi deber probar: "Qué la cesacion de la peste y la conservacion de nuestras vidas, es un particular favor de Dios alcanzado por la intercesion amorosa de Nuestra Madre y patrona la Virgen Santa Maria de Guadalupe." Para probar esta verdad, imploremos los auxilios de la gracia divina.—*AVE MARIA.*

Así como desde que en las entrañas de la Virgen Maria encarnó el Verbo Eterno (Soberano Señor Sacramento); así como desde que se hizo hombre el Unigénito del Padre, éste ya no puede decir como en los dias de Noe: "*Penitet me fecisse hominem*"; (1) porque tal pesadumbre importaría arrepentimiento de haber criado la humanidad Santísima de Jesucristo su muy amado Hijo, en quien tiene sus complacencias (2); así tambien desde que en el siglo XVI la Reina del cielo bajó á este lugar santo y en él fijó el trono de sus misericordias, y eligió á

(1) *Genes.* cap. VI, v. 7.

(2) *Math.* cap. XVII, v. 5.

México entre todas las naciones del globo para que fuese su pueblo y su herencia particular, desde entónces Dios ya no quiere exterminarnos, porque nuestro exterminio valdria tanto como privar á la Virgen Santísima (digase con verdad y humildad), de los hijos que más la han honrado y glorificado en la tierra, de los hijos en quienes con especialidad tiene sus complacencias, de los hijos con quienes ha protestado vivir hasta el fin de los siglos. (1)

Por desgracia, *la inclinación que arrastra al hombre al mal todos los días de su vida*, fomentada por la ingratitud de los tiempos, ha hecho que los mexicanos corrompan sus caminos; y ese lamentable extravío, además de privarnos de los bienes inmensos que consigo nos trajo esta Señora, nos acarrea la cólera del cielo, cuyos efectos, si bien son demasiado suaves puestos en parangon con nuestras culpas, todavía son funestos, y aun lo serian más sin la generosa y amable interposicion de la Virgen Maria.

En efecto, señores; oprímese el alma con angustiosa pesadumbre, se extravía el entendimiento en tristes conjeturas, y la imaginacion no alcanza á figurarse qué seria de nosotros sin la Virgen Maria de Guadalupe. Yo creo que á esta hora ya nos hubieran ahogado las aguas de la tribulacion. ¿Y nos cabria maravilla si tal hubiese sucedido? *Dicat nunc Israel* (2). Sí, decidlo, yo apelo á vosotros que me escuchais, examinad vuestra conciencia, volved los ojos á la opulenta capital, poned la mano en vuestros corazones, y luego hablad..... y estoy seguro, hermanos míos, que por una conviccion íntima me direis con humilde franqueza: "Somos pecadores más que todos los pueblos, porque siendo los más privilegiados en la aceptación de la Virgen Santísima, parece que hemos traído estudio para que nuestros pecados caminen en proporcion directa con los beneficios recibidos de Dios; con esos beneficios que nunca agradecemos; con esos benefi-

(1) Escritos históricos de los naturales citados en el año cristiano mexicano. Día 12 de Diciembre.

(2) Ps. 117, v. 2.

cios de los que positivamente abusamos." También confesareis que México, esa ciudad tan grande como criminal, en donde todas las pasiones encuentran un objeto, toda corrupcion un velo, todo error un panegirico, toda intriga una sombra, todo crimen un título, todo interés, por indigno que sea, un pábulo; esa ciudad, dentro de cuyos muros ha resonado un grito feroz, semejante al del salvaje del desierto, pidiendo la tolerancia impia que desconoce los títulos de la soberanía exclusiva del Señor Dios, único con derecho de dar leyes al orbe, y exigir bajo determinadas formas adoracion y culto; esa ciudad que por haberse mezclado con aquella clase de gentes para quienes sus puertas debieron estar cerradas siempre, casi ha perdido su conciencia católica, y no se horroriza de publicar, como ha publicado en estos días, folletos lúbricos, novelas cínicas é impias con cuya lectura se avergonzará todo el que no haya perdido los últimos restos del pudor, y en las que se ataca de la manera más diabólica la sacrosanta pureza de la siempre Inmaculada Virgen Madre de Dios (1); esa ciudad, direis, debiera haber sufrido un castigo ejemplar, un castigo semejante al de Jerusalem. Muy bien, señores, muy bien; estoy perfectamente de acuerdo con vosotros. Pero si ese castigo aun no ha venido, si los azotes y las calamidades que ha mandado sobre nosotros aquel buen Dios que *humilla y ensalza, y que mientras con una mano hiere con la otra aplica la saludable medicina* (2), se resienten, digámoslo así, de clemencia ántes que de justicia, entónces convenid conmigo en que debemos con humildad y gratitud decir con Jeremías: *Es una misericordia de Dios que no hayamos sido destruidos* (3). Y convenid también en que esa dulce misericordia para la que nunca tuvimos méritos, la hemos alcanzado por la piadosa mediacion de la Virgen Santísima.

(1) «Los Misterios de la Inquisición.» «El retrato de la Virgen Maria» ne últimamente han sido prohibidas por la autoridad eclesiástica.

(2) Job, cap. V, v. 18.

(3) Thren, cap. IV, v. 22.

El que no se persuada fácilmente de esta verdad, recuerde que Dios conservó el reino de Judá en los hijos de Salomon, á pesar de sus aberraciones; por respeto á la santidad de su padre David (1); por respeto á ese hombre justo otorgaba su misericordia á los hijos de Israel; por respeto á la memoria del profeta perdonaba á su pueblo. ¿Y qué tienen que ver, qué tienen de comun los méritos y las sublimes virtudes de la sacratísima Virgen Maria, con las de aquel santo profeta, que no por haberlo sido dejó en un tiempo de andar en los caminos de los pecadores? Si Dios respetó el mérito del hombre de quien debió descender el Salvador de Israel ¿no con mayor razon respetará, escuchará y despachará favorablemente los ruegos amorosos y la solicitud caritativa de la digna mujer, que sin lesion de su pureza virginal, fué Madre verdadera del divino Verbo, á quien revistió con la carne inocente de sus purísimas entrañas? Si perdonaba á los hijos de David pecador, por respeto á David penitente, ¿no perdonará con más gusto á los hijos de Maria que ignoró los caminos de la culpa, que no fué súbdita ni de la original, y que desde su Concepcion hermosa fué digna de su Dios?

¡Ah! mis hermanos: consolatoria por demás es la experiencia que tenemos del valor y eficacia de las súplicas de esa amorosa Madre. Y yo os haria una injuria si me empeñase en referir su historia que supongo grabada en todo corazon que sea eminentemente mexicano; esa historia que en cada una de sus preciosas páginas deja ver con bellos tintes y caracteres de oro, grabada por la mano de la piedad agradecida, la clemencia y dulce misericordia de la Virgen Santísima, su misericordia siempre antigua y siempre nueva, siempre tomando este ó aquel carácter, revistiéndose de esta ó aquella forma, segun las emergencias de los tiempos, segun las necesidades públicas y privadas; pero siempre constante, siempre uniforme en su objeto, que es aliviar, consolar, favorecer, santifi-

(1) *Reg.*, lib. III, cap. XI.

car, colmar de bendiciones al pueblo que la invoca, no apartarse de él en los dias de su tribulacion, y ó bien sacarle de ella, si así conviene á los intereses de la gloria de Dios, ó bien alcanzarle gracia para que la sufra de una manera meritoria. *Clamavit ad me et ego exaudivi eum; cum ipso sum in tribulatione, et eripiam eum.*

¿No es esto lo que nos dice la experiencia, lo que atestiguan los hechos, lo que siente en su corazon la piedad jamás defraudada en su esperanza? Vosotros bien lo sabeis, señores. Una sociedad, un pueblo, una nacion nunca se engaña. Cuando uniformemente conviene en algun punto, éste deja de ser controvertible. ¿Y quién ha dicho que México no está de acuerdo en que su dulce Madre Santa Maria de Guadalupe, despues de Dios, es la causa, el origen inmediato de todos sus bienes, ora sean del orden natural, ora del sobrenatural? ¿Quién al ver por un lado el triste estado que guardan las costumbres públicas, por otro los derechos de la justicia eterna altamente violados; por éste la ira de Dios pesando sobre los criminales, y por aquel la desaparicion del tremendo castigo y muestra propia conservacion, quien, repito, puede explicar satisfactoriamente estos sucesos que parecen tan complicados, y cuya única y natural solucion era esta: la destruccion total de los ingratos y pecadores mexicanos? ¿Quién?..... ¡Silencio!..... Escuchad el grito misterioso que va á explicar lo que no comprendéis..... El grito universal que se levanta de los cuatro ángulos de la República y viene retumbando de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, hasta llegar á este Santuario y confundirse dulcemente con la armonia sublime de los himnos sagrados. Ese grito es el de la piedad, que, agradecida, confiesa que Maria y solo Maria con sus ruegos casi omnipotentes, pudo alcanzarnos el perdón, la suspension del castigo y la prolongacion de la vida para que la consagremos á las lágrimas y á la contricion. ¡Creencia católica, religion de los cielos, yo te adoro humilde en la efusion de mi sincera gratitud, porque nos das tan

divinos consuelos en el dogma de la Virgen hija de Adán, y al mismo tiempo madre de su Dios!

Si María, como ha dicho muy bien el padre San Bernardo, "es el perdon del pecador, la medicina del enfermo, la fortaleza de los débiles, el consuelo del afligido, "el auxilio del que se versa en los peligros, la libertad y "el triunfo de los que espiritualmente pelean en las guerras de Dios (1);" luego todo esto es para los mexicanos, pero no de una manera ordinaria y comun, sino de otra muy especial, pues desde que descendió del cielo del modo milagroso que todos sabemos, desde que á su mimado hijo Juan Diego le decia: *Quiero que se me edifique aquí un templo para estar con vosotros todos los dias* (2), desde que en este lugar santo, elegido por su clemencia maternal, fijó su trono para poder permanecer con los ojos y el corazon atento á nuestras necesidades, desde entonces se constituyó Madre nuestra tan especial, como no lo ha sido de otra nacion alguna; desde entonces nos asiste y favorece con tan exquisita solicitud, que al contemplar su amor y su ternura, no puedo ménos que decir lo que San Bernardo decia hablando de las prerogativas de la misma Señora: *Nec primam similem visa est, nec habere sequentem* (3). Si, la ternura vehemente con que María de Guadalupe ama á los mexicanos, antes del siglo diez y seis, no ha tenido ejemplar despues de él, no tiene término de comparacion. *Non fecit taliter omni nationi*, decia un sábio sucesor de San Pedro (4). México se honra, se consuela, se gloria con ese dulce exclusivismo; le asiste tambien la conciencia de que María es su salud y su remedio; y esa conciencia no puede ser equívoca porque es universal, y es universal porque viene de Dios, y viene de Dios porque nunca, y menos en materias de religion que tanto roce tienen con la vida futura, puede permitir

(1) *Div. Bernard. in sermone 3 de Assumpt.*

(2) *Escritos históricos, arriba citados.*

(3) *Div. Bernard. ubi supra.*

(4) *El Sr. Benedicto XIV.*

error comun, aquel que de sí mismo dice: *Yo soy el fiel, y yo soy el veraz* (1).

Si el tiempo me lo permitiese, yo evocaria recuerdos de tres siglos, yo haria salir del polvo del sepulcro diez generaciones, las obligaria á presentarse en este augusto templo, y ellas, señores, despues de prosternarse á los piés benditos de esa tierna Madre, convendrian conmigo, en que las escuchó benígna toda vez que la invocaron con fervor, y que en las inundaciones, en las pestes, en las hambres, en los horribles sacudimientos de la tierra, en las discordias, en las guerras, y en todas sus tribulaciones las habia visitado con los dulces consuelos de su piedad maternal, y no se habia apartado de ellas hasta aplacar las iras del Señor. *Clamavit ad me et ego exaudivim eum, cum ipso sum in tribulatione et eripiam eum.*

Pero á decir verdad: ¿serian necesarias tantas autoridades para probar que María Señora Nuestra es autora del beneficio que acabamos de recibir, y por el que venimos hoy á tributarle humildes y devotas acciones de gracias? No por cierto: ¿qué testigos más abonados que nosotros mismos? ¿qué pruebas más concluyentes que los hechos? ¿qué argumento más convincente que el sentimiento universal del corazon? Todos nosotros, en los dias de la tribulacion, acudimos á Dios por medio de sus santos, implorábamos el favor de la Virgen Santísima bajo diferentes invocaciones, y aunque se dilataba nuestro espíritu, y recibia un lentivo en su dolor, no teniamos, sin embargo, un profundo consuelo, no producía todo su efecto la esperanza, sino cuando con fe sincera volviamos nuestros ojos á las faldas del Tepeyacac: nos parecíamos á aquellos devotos israelitas que en las diversas provincias de Judea elevaban sus votos al Señor; pero cuya piedad solo quedaba satisfecha cuando subian á la Santa ciudad, y en el templo de Sion renovaban sus votos acompañados de un cordero inocente. Y á fe, cristianos, que teniamos razon; porque si aquí está el trono de

(1) *Apocalip., XIX, v. 11.*

sus misericordias, si aquí particularmente nos oye, si aquí nos dijo á todos los mexicanos en la persona de Juan Diego: *Yo soy vuestra Madre, estaréis bajo mi sombra y amparo: yo soy la vida y la salud: estais en mi regazo y corred por mi cuenta* (1): si hoy mismo está como Josué en su trono de Egipto en presencia de sus hermanos criminales, llena de majestad pero con sus entrañas conmovidas y dispuesta á prevenir con el perdon las súplicas tardías del arrepentimiento; si con sus manos sacrosantas colocadas ante el pecho, guardando la actitud más tierna y suplicante, se adelanta al trono del Eterno, y le dice con la cándida Ester: *Dona mihi populum pro quo obsecro* (2): Perdon, Dios mio é hijo mio, perdona á este pueblo por quien interpongo mis ruegos: perdónalo, porque cómo han de sufrir mis entrañas de Madre tan espantosa mortandad: *quomodo enim potero sustinere necem populi mei* (3). Si aquí, por último, la fe, la esperanza y la religion descien den del cielo con rostro placentero, y previenen nuestra oracion, asegurándonos que el Poderoso que sentado sobre las nubes manda sus rayos á la tierra, fué desarmado por esa Mujer fuerte, por esa Hija del Príncipe cuyos ruegos no pueden ser desoídos, por esa Madre de piedades hácia quien el Rey del cielo alargó su cetro de oro, diciéndole con indefinible ternura: "Hágase como tú quieres." *Fiat sicut petisti*: luego entonces aquí es coronada nuestra fe, satisfecha nuestra esperanza, y premiada nuestra religion; aquí está nuestro consuelo, aquí debemos buscar nuestro remedio; este es el asilo de nuestro refugio, aquí se nos dispensa el perdon y la misericordia *Clamavit ad me et ego exaudiam eum*: aquí está el origen de todos nuestros bienes; aquí conseguiremos la salud y la gracia; María de Guadalupe ha sido quien hizo desaparecer la epidemia, quien nos visitó con sus consuelos en los días de la tribulacion, quien felizmente nos ha

(1) Escritos históricos de arriba.

(2) *Ester*, c. VII, v. 3.

(3) *Ibidem*, c. VIII, v. 6.

conservado la vida: "*Cum ipso sum in tribulatione et eripiam eum*. ¿Ya veis, señores, cómo es cierto segun lo afirmaba al principio, "que la cesacion de la peste y "nuestra propia conservacion son unos beneficios especiales de Dios, alcanzados por la intercesion poderosa de "Nuestra Santísima Madre y Patrona la Virgen Maria "de Guadalupe?"

Pues conocida y confesada esta verdad, ¿qué nos resta, cristianos, sino dar gracias á Nuestro Padre Dios que aun cuando *está más airado, se acuerda de sus misericordias*, estando, en consecuencia, más dispuesto á perdonar, que nosotros mismos á implorar el perdon? ¿Qué nos resta sino consagrarnos á su servicio, é igualmente con fina gratitud promover las glorias de María que en este santo templo quiere ser honrada y glorificada?..... Venid, por tanto, piadosos mexicanos, venid á este Santuario, prostraos humildes al pié del trono de la Reina del cielo, ofrecedle vuestros más tiernos votos, sacrificad vuestros corazones allí en aquel altar, en el que dentro de pocos momentos deberá derramarse la sangre del Hijo divino de María, para que purificados con esa sangre redentora, suban al cielo y sean presentados al padre por las manos de esa Virgen excelsa como una ofrenda digna de Dios y digna de nuestra gratitud. Venga, pues, el sacerdote y el Levita, el magistrado y el guerrero, las vírgenes y los esposos, los ancianos y los niños; *y todos los que viven bendigan al Señor*: todos los que viven bendigan la clemencia de la Virgen María; alaben el poder de la gracia de que la llenó el Espíritu Santo, que se ha extendido hasta desarmar esta vez la justicia de Dios: todos los que viven, procuren, de hoy en más, que sea de suerte, que en lo sucesivo nos felicitemos, no sólo de que oyó nuestras súplicas y nos visitó con sus consuelos en la tribulacion *exaudiam eum, cum ipso sum in tribulatione*, sino principalmente de que nos alcanzó el perdon y la glorificación: *eripiam eum, et glorificabo eum*.

Sea así, Virgen Divina, Madre amorosa de los mexi-

canos, canal precioso por donde á este suelo descienden las bendiciones celestiales: sea así, Madre del pueblo mexicano, de este pueblo piadoso que hoy te ofrece, te consagra su corazón en prenda de su gratitud. Acéptalo, Clementísima Virgen, y con él acepta también el homenaje humilde de la Provincia de San Alberto, de tus hijos los Carmelitas, que me ha elegido por su intérprete, para que á su nombre te honre, te alabe y glorifique. Yo lo hago con todo el entusiasmo de un hijo que te ama con ternura, y en medio de tu pueblo te aclamo feliz y bienaventurada, te predico con los ángeles y los arcángeles, con los patriarcas y profetas, con todos los santos de ambos testamentos, Madre del Redentor, Reina del cielo y de la tierra, merecedora de todo elogio y alabanza; te confieso nuestra salud y nuestra vida, nuestra paz y nuestro descanso, el honor de nuestra nación, la gloria y alegría de nuestro pueblo: y espero con fe viva que continuamente serás nuestra intercesora y abogada; que tú serás la escala mística por donde subamos al cielo á mirar cara á cara á *Jesus, fruto bendito de tu vientre*, y allí, rodeados de los resplandores de los santos, agradeciendo la parte activa que has tomado en nuestra santificación y glorificación, cantemos á honor tuyo aquellas palabras de la Iglesia: *¡O Clemens, ó pia, ó Dulcis Virgo Marial.—* AMEN.

ORACION

A

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

COMPUESTA POR EL

ILLMO. SR. D. FRANCISCO ANTONIO DE LORENZANA

ARZOBISPO DE MEXICO

Non fecit taliter omni nationi.

Con ninguna nación hizo tal cosa.

Psalm. 147, v. 20.

I

Portentosa señal vió San Juan en el cielo (1), y no menos prodigiosa se nos ha aparecido en la tierra y en este templo elegido y santificado por Dios, para que permanezca en él siempre su nombre, y mirarle con especial protección (2). Se dignó la Señora de venir á la tierra á libertarla del yugo de su cautividad (3). En invierno han aparecido rosas en los cerros más asperos é infructíferos (4); y á la Señora que gobierna todas las estaciones,

(1) Signum magnum apparuit in celo. Apocal., XII, 1.

(2) Elegi, et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi. Paralip., VII, v. 16.

(3) Eduxi vos de domo servitutis. Judic., 6.

(4) Flores apparuerunt in terra nostra. Cant. II, 12.